

OTAN A LA FUERZA

JUAN ALDEBARAN

UNO de los objetivos del Gobierno de UCD fue desde un principio una forma de integración de España en la Alianza Atlántica y en su institución permanente, la OTAN. El tema se ha ido tocando con sordina, soslayando ligeramente, quizá para no introducir más elementos de fricción con los otros partidos del "consenso" y para no chocar con sectores de opinión pública que prefieren una neutralización de España, como en las dos grandes guerras anteriores. Al mismo tiempo, la admisión no estaba asegurada. Muchos países de la Organización pretendían aún más pruebas de la autenticidad de la democratización de España. Parece que esa resistencia exterior ha cesado, aunque comienza a aparecer otra: la de los que temen un exceso de influencia comunista en España, lo cual para la OTAN supone un pecado mortal más grave que el totalitarismo de signo contrario. (Portugal pertenecía a la OTAN cuando tenía un régimen fascista, y fue bloqueada en sus derechos y obligaciones cuando tuvo ministros comunistas en el Gobierno.) Parece que el Gobierno encuentra ya que este es el momento de iniciar toda la gran maniobra que supone el acercamiento a la OTAN y la integración. Calcula casi tres años de preparación interior y exterior —el suarismo es lento y cuidadoso— y querría tenerla a punto hacia 1981, fecha en que caducan los acuerdos con Estados Unidos: la OTAN podría ser un sustituto. La noticia que indica el principio del lanzamiento de la operación fue publicada el domingo último por "El País", que daba cuenta de unos debates del Gobierno, la UCD y su grupo parlamentario, con participación del ministro de Asuntos Exteriores, señor Oreja. El procedimiento, según esta noticia, sería el de un debate abierto en las comisiones de Asuntos Exteriores del Congreso y del Senado. Sería de desear una apertura mayor de este debate que interesara nada menos que a la supervivencia nacional: unas amplias sesiones plenarias de las Cortes, una información a la opinión pública y, en caso necesario, un referéndum de carácter nacional sin ninguna clase de presión ni de coacción. Esto sería necesario, probablemente, aunque sólo fuese para la reconducción de los acuerdos militares con los Estados Unidos, que atañen tanto a la seguridad na-

cional y las doctrinas de neutralismo como la integración en la OTAN.

La Alianza Atlántica es el movimiento fundamental de la "guerra fría", al terminar la segunda guerra mundial y escindirse en dos bloques la alianza de guerra entre la URSS y los países capitalistas occidentales. La primera voz la dio Winston Churchill, que todavía tenía el gran tono del imperio británico, ya en pleno desmoronamiento. Churchill había conducido la gran campaña anticomunista y

Dentro de muy poco tiempo, los rusos tendrán la posibilidad de avanzar, si quieren, hasta las orillas del mar Negro y del Atlántico. Se trataba de construir lo que desde entonces se llamaría "telón de acero" (Churchill empleó concretamente la expresión "telón de hierro", aunque en España se ha empleado siempre la expresión "telón de acero", tal vez por una mala traducción de la palabra "iron"). El texto de Churchill caía en terreno abonado. También los Estados Unidos

ante el Congreso. Antes de que pasara un mes estaba en marcha el Plan Marshall: dinero y técnica a cambio de alianza militar (al mismo tiempo, ese dinero y esa técnica servían para la implantación de Estados Unidos en Europa). El 4 de marzo de 1947 se firmó entre Francia y Gran Bretaña el Tratado de Dunkerque. Un año después se firmaba el Tratado de Bruselas entre Bélgica, Francia, Luxemburgo, Holanda y Gran Bretaña para "afirmar su fe en los derechos fundamentales del hombre,



Tanques de fabricación alemana, desembarcados en Lisboa con destino a las nuevas unidades portuguesas de la OTAN.

antisoviética desde 1917, había intentado la destrucción mutua de la Alemania hitleriana y la Rusia soviética en la preguerra y, al volverse en contra sus previsiones, se había aliado con la URSS "in extremis": lo que él definió como "la alianza con el diablo". Pero no había desarmado. El 12 de mayo de 1945 envió un telegrama a Truman —al que suponía enteramente bajo su influencia, tras la desaparición de Roosevelt—: "Siento una profunda inquietud en razón de las interpretaciones erróneas de los acuerdos de Yalta por los rusos (...) por la combinación de su potencia y de los territorios ocupados o controlados por ellos con el empleo de la técnica comunista en tantos países, y sobre todo por la posibilidad que tienen de mantener durante mucho tiempo en campaña ejércitos inmensos,

se habían opuesto desde 1917 al comunismo, y ya los catorce puntos de Wilson para la paz en el mundo eran cómo una respuesta a las doctrinas leninistas. El paréntesis de Roosevelt, aceptado a regañadientes por el capital —que veía en él una introducción dirigista, hasta socialista, en lo que había sido libertad de empresa y mercado— se había terminado. Sobre todo, los Estados Unidos tenían la bomba atómica: creían que era su monopolio y que estaban en condiciones militares de imponer a la URSS sus condiciones. El 12 de mayo de 1947 se lanzó la "doctrina Truman": "Creo que los Estados Unidos deben mantener la política de sostener los pueblos libres que resisten a las tentativas de sometimiento ejercidas contra ellos por minorías armadas o por presiones exteriores", dijo

la dignidad y el valor de la persona humana (...), defender y confirmar los principios democráticos, las libertades individuales, las tradiciones constitucionales, el respeto a la ley (...), asociar sus esfuerzos para conducir a sus pueblos a una comprensión más profunda de los principios que están en la base de su civilización común...". Y cláusulas militares: "En el caso en que una de las altas partes contratantes sea objeto de una agresión armada en Europa, las otras le ofrecerán (...) ayuda y asistencia por todos los medios en su poder, militares u otros". El mismo día de la firma, Truman declaraba ante el Congreso que la decisión de "los países libres de Europa de protegerse ellos mismos estará acompañada de una decisión igual, por parte del nuestro, de ayudarles a hacer-



La doctrina —que en la foto acompaña al gobernador general de Canadá, señor Jules Leger— es la de que España ya está comprometida con la defensa occidental y que abordar el neutralismo supondría una ruptura del equilibrio europeo.



El socialista Enrique Múgica, que preside la Comisión de Defensa, con el vicepresidente del Gobierno, teniente general Gutiérrez Mellado.

lo'. Esa decisión quedó plasmada en la "resolución Vandenberg". Todo ello iba a ser la base de la Alianza Atlántica. De julio a septiembre de 1948, los países del Tratado de Bruselas se reunieron en Washington con Estados Unidos y Canadá para tratar de crear un sistema único de defensa; en marzo de 1949, estos siete países invitaron a unirse a ellos a Dinamarca, Islandia, Italia, Noruega y Portugal; el 4 de abril, todos ellos firmaban el Tratado del Atlántico Norte. Los principios morales, filosóficos y políticos eran los mismos del Tratado de Bruselas (democracia, civilización común, libertades individuales...), pero las cláusulas militares quedaban reforzadas. Las partes "convienen en que



El general norteamericano Alexander Haigh, comandante en jefe de las fuerzas de la OTAN.

un ataque armado contra una de ellas o varias de entre ellas en Europa o en América será considerado como un ataque contra todas las partes". Y preveía —artículo 9— la creación de unos organismos permanentes que iban a ser la OTAN, como órgano supremo de la Alianza con sus comités correspondientes: el de Defensa (ministros de Defensa de todos los países firmantes), el Militar (los jefes de Estado Mayor) el "grupo permanente" (los tres "grandes" occidentales: Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos); más tarde se establecería un "Comité de defensa económico y financiero" para armonizar las posibilidades presupuestarias de cada país con los nuevos gastos financieros...

Nada de esto se hizo sin resistencia. En medio de aconte-

cimientos dramáticos —desde el aplastamiento de las guerrillas en Grecia hasta la guerra de Corea, pasando por el bloqueo de Berlín—, numerosos sectores populares e intelectuales de Europa y de los Estados Unidos trataban de protestar. Con manifiestos de notables o con concentraciones callejeras. Los firmantes eran minuciosamente inscritos en las listas negras y privados de sus cargos —cátedras, función pública, incluso trabajos en empresas privadas— y los manifestantes eran atacados por las "fuerzas del orden", encarcelados, sometidos a juicio y también incluidos en las listas negras (fábricas, talleres). La voz cantante la llevaron los comunistas. Pero los términos "filocomunista", "criptocomunista" o "compañero de viaje" se aplicaron a los que no lo eran. Los enemigos de la Alianza aumentaban enormemente en los momentos históricos de tensión de guerra: se sumaban todos aquellos que no querían verse envueltos en un conflicto atómico generalizado, al que tenían más miedo aún que a las represiones. No es demasiado aventurado decir que es probable que la guerra mundial —la tercera— se haya evitado por esta manifestación popular.

Algún tiempo después, los Estados Unidos querían lanzar en serie el modelo establecido por la Alianza Atlántica y la OTAN. Ya era Presidente Eisenhower —que llegó a la Presidencia desde el mando supremo de la OTAN—, y vicepresidente Nixon. La creación de los pactos paralelos fue obra personal del entonces secretario de Estado, Foster Dulles: el ANZUS (Australia-Nueva Zelanda-Estados Unidos), o Pacto de Seguridad del Pacífico, el CENTO (Central Treaty Organisation, con Pakistán, Persia, Turquía, Gran Bretaña), el Pacto de Bagdad, el SEATO (South East Asia Collective Defence Treaty), etcétera. Se habló de **pactomanía**. Pero el tratamiento de Estados Unidos para con los países de estos pactos secundarios era esencialmente distinto al de la OTAN en Europa. Mientras aquí vertía dinero y fabricaba democracia (con sus trampas consiguientes: protegiendo partidos recios, modificando leyes electorales, adquiriendo políticos y medios de propaganda), lo cual no dejó de producir una situación de bienestar a la larga, en los países pobres actuaba mediante la implantación de tiranías anticomunistas. Lo cual destruía la noción de "mundo libre". Una lección: mientras la OTAN se ha mantenido, los otros pactos se han ido rompiendo o haciendo inoperantes. La presión popular en contra de las tiranías ha sido muchísimo más enérgica que la que se ha tratado de ejercer con-

OTAN A LA FUERZA

tra el control de las democracias.

La OTAN ha ido poco a poco perfeccionando sus organismos, estabilizando sus presupuestos, regularizando sus armamentos, creando formas sin duda valiosas de defensa militar —redes de radar, servicios de información, etcétera— aunque en las cuestiones nucleares siga dependiendo estrictamente de Estados Unidos. Ha incluido nuevos países (Grecia, Turquía, Alemania Federal...) y ha hecho más complejos sus mecanismos de dirección. No es una organización supranacional, en teoría, sino intergubernamental. Pero no pasa de ser una teoría. El mando supremo corresponde a

cha de que los Estados Unidos se abstendrían de entrar en una guerra total para defender a un país europeo que pudiera ser atacado, pero que si los propios Estados Unidos entraran en una guerra de este carácter toda Europa se vería automáticamente atacada e implicada. Algunos países han acudido a la Alianza en caso de apuro y se han encontrado sin respuesta (Portugal en el caso de Angola, Francia en el de Argelia). Hay más razones para la decadencia. En primer lugar, ha desaparecido la tensión de guerra que existía en los años fundacionales y, aunque los organismos de la OTAN publican constantemente datos, cifras, estadísticas e informes aludiendo a la posibilidad de guerra y a la superioridad soviética en Europa, estos datos se contradicen con otras informaciones. En segundo lugar, la penetración de la coexis-

La OTAN es muy cara para sus miembros, aunque reciba la mayor parte de su dinero de Estados Unidos, y en los países donde los presupuestos militares se examinan minuciosamente en los Parlamentos y donde los electores votan contra lo que consideran despilfarro, los partidos tienen mucho cuidado. A pesar de que todos los Presidentes sucesivos de los Estados Unidos, todos los secretarios de Estado, todos los secretarios de Defensa, acuden periódicamente a la sede de la OTAN para levantar el organismo a su nivel anterior, a pesar de las continuas presiones para que los países aliados contribuyan más a la defensa común (Nixon fue un fanático de esta idea) y liberen en parte a Estados Unidos de sus cargas (aunque no de su hegemonía), la OTAN va cayendo cada vez más en la decadencia.

larga, se llegaría a la desaparición mutua de los dos organismos, el Pacto de Varsovia y OTAN. Pero los Estados Unidos no han permitido que esa baza de la paz les fuera arrebatada. Ni siquiera la han querido incluir en la Conferencia de Seguridad (Helsinki), sino que es objeto de negociaciones bilaterales.

¿Cuál puede ser, en este momento, el interés de la incorporación de España? En primer lugar, habría que estudiar si España prefiere ser neutral; y si puede o no puede serlo. El tema se ha planteado en el Senado con la intervención de Marcelino Oreja, el día 10. La doctrina Oreja es la de que España está ya comprometida con la defensa occidental y que abordar el neutralismo supondría una ruptura del actual equilibrio europeo: la "neutralidad desarmada", dijo, "no pasa de ser una peligrosa utopía". Las ventajas que encuentra el ministro son el acceso a importante información militar y los importantes incentivos y oportunidades para mejorar la defensa nacional y las Fuerzas Armadas en particular. Oreja dijo que había pocos contras: la mayor parte de ellos, "falsos". Ha habido también numerosas alusiones a la OTAN en el Congreso (durante la cuestión de la OUA y Canarias), con algunas fijaciones anecdóticas, y un relativo encuentro entre el señor Carrillo —más bien neutralista— y el señor Fraga —beligerante—, pero sin llegar a nada claro.

Mientras, se ha reunido en Madrid la comisión mixta —Estados Unidos-España— de coordinación con la OTAN, y parece que la reunión no ha sido de trámite y, según un periodista siempre próximo a círculos militares y gubernamentales (Abel Hernández, en "Informaciones"), "Los contactos secretos entre Madrid y la sede central de la OTAN se multiplican últimamente".

No es con el vago y retórico discurso del señor Oreja en el Senado ni con estas más vagas alusiones, menos aún con la sospecha de presiones graves y de contactos secretos, como se debe abordar el tema. Es un compromiso suficientemente grave como para que haya una información muy extensa de todo, sin apreciaciones personales sobre pros y contras, como las del ministro de Asuntos Exteriores, y sin frases acerca de la tradición neutral de España. Hacen falta informes. Del Ejército, de los partidos políticos, de los economistas, de los expertos en asuntos internacionales. Y convendría que hasta que todo eso estuviera en marcha y se supiese cuál es la opinión real del pueblo español, se suspendieran las negociaciones, públicas o secretas. ■ J. A.



El Presidente Carter durante una sesión del Consejo de la OTAN celebrado en la sede de la organización, en Bruselas.

los Estados Unidos, aunque el civil que dirige la Secretaría General sea siempre un europeo. Al mismo tiempo que se perfeccionaba, ha ido degenerando. Uno de los primeros golpes fue la retirada de Francia del Comité militar y de otros organismos, aunque siga perteneciendo a la filosofía de la Alianza: De Gaulle consideró la OTAN incompatible con la independencia nacional. Ha habido irritación por parte de varios países miembros por la utilización unilateral de los Estados Unidos de bases y material de la OTAN en algunos casos —la intervención en favor de Israel—; ha cundido la sospe-

tencia pacífica ha sido muy grande. El "telón de acero" ya no es ni siquiera una delgada lámina. Las relaciones directas entre Estados Unidos y la URSS han modificado mucho las condiciones generales, y conferencias como las de Helsinki y Belgrado (la misma en distintas fases) contribuyen a la reducción de las tensiones. La disputa de la URSS con China ha hecho pensar que la Unión Soviética no desea de ninguna manera una guerra en Europa. Y los presupuestos de los distintos Estados se van haciendo avaros, sobre todo como consecuencia de la crisis económica general.

La idea de convertir la OTAN en un organismo de paz y coexistencia ha sido uno de los intentos más interesantes para sostener la Alianza. La tesis es antigua: sólo desde la fuerza se puede negociar la paz, sólo el percibimiento para la guerra puede forzar al enemigo a negociar. Si vis pacem, para bellum. Se trataría de que la OTAN comenzase negociaciones con su paralelo contrario, el Pacto de Varsovia —creado por la URSS como respuesta a la Alianza Atlántica— que condujera a una eventual retirada de fuerzas y a la creación de unas zonas desmilitarizadas. A la